
Sueño de Platón

Voltaire

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 6743

Título: Sueño de Platón

Autor: Voltaire

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 8 de junio de 2021

Fecha de modificación: 8 de junio de 2021

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Sueño de Platón

Platón soñaba mucho, y lo mismo han soñado los hombres después. Soñó que antiguamente era doble la naturaleza humana, y que fué dividida en macho y hembra en castigo de sus culpas. Probó que no podía haber más que cinco mundos perfectos, porque no hay más que cinco cuerpos regulares en geometría. Uno de sus mejores sueños es su república. También soñó que el sueño se engendra de la vigilia, y la vigilia del sueño, y que quien contempla un eclipse, si no es en un lebrillo de agua, se queda infaliblemente ciego. Entonces soñando se granjeaban los hombres mucha reputación.

El siguiente sueño suyo no es de los menos interesantes. Parecióle que habiendo el gran Demiurgo, el eterno geómetra, sembrado de innumerables globos el espacio infinito, quiso experimentar la ciencia de los genios que habían sido testigos de sus obras, y dió á cada uno un pedacito de materia para que la coordinase, como si Zeuxis y Fidias hubieran encargado á sus discípulos unas estatuas ó unos cuadros, en cuanto es permitido comparar las cosas pequeñas con las grandes.

Cupo en suerte á Demogorgon el pedazo de barro que llaman la Tierra, y habiéndola éste coordinado del modo que hoy vemos, se jactaba de que había hecho una obra maestra, con que pensaba haber vencido la envidia, y merecer elogios de sus propios compañeros, y se quedó atónito cuando lo recibieron éstos con silbos. Díjole uno de ellos, que era un burlador socarrón:

«Cierto que has trabajado bien; has separado tu mundo en dos, y has dejado un vasto espacio de agua entre ambos

hemisferios, para que no tuviera una comunicación con otro. Debajo de tus dos polos se helarán de frío, y bajo tu línea equinoccial se morirán de calor. No me desagradan tus carneros, tus vacas y tus gallinas; pero ingenuamente tus serpientes y tus arañas me gustan poco. Buena cosa son tus cebollas y tus alcachofas; mas no sé qué idea llevabas en cubrir la tierra de tanta planta venenosa, como no fuese la de envenenar á sus moradores. Creo que has formado unas treinta especies de jirafas, muchas más de perros, y cuatro ó cinco, no más, de hombres: verdad es que á este último animal le has dado lo que llamas la razón; pero en conciencia tan ridícula es la tal razón, que se arrima á la locura. Me parece que no te curas mucho de este animal de dos piés, á quien has dado tantos enemigos con tan poca defensa, tantas dolencias con tan pocos remedios, tantas pasiones con tan poca cordura. Sin duda que no quieres que se multipliquen en demasía en la Tierra, pues dejando aparte los peligros á que los has expuesto, los has dispuesto tan bien, que un día vendrá en que las viruelas se lleven cada año el diezmo de la especie, y el gálico envenene el manantial de la vida en las nueve partes restantes. Como si con esto no bastara, de tal manera los has organizado, que la mitad de los que sobrevivan pasarán el tiempo litigando, y la otra mitad matándose unos á otros. Ciertamente que te deben estar muy agradecidos, y que has hecho un dechado perfecto.»

Sonrojóse Demogorgon, conociendo que efectivamente había en su obra mal físico y mal moral; pero sustentó que el bien era más que el mal.

«La crítica es fácil, dijo; ¿pero piensas que sea tan fácil hacer un animal, que siendo siempre racional y libre, no abuse nunca de su libertad? ¿Piensas que cuando tiene uno nueve ó diez mil plantas que hacer brotar, puede tan fácilmente estorbar que tengan algunas de ellas propiedades perjudiciales? ¿Te figuras que con cierta cantidad de agua, arena, cieno y fuego, pueda no haber mares ni desiertos? Usted acaba, señor burlón, de coordinar el planeta Marte; ya

veremos qué tal están sus dos grandes bandas, y qué lindo efecto hacen sus noches sin luna; ya veremos si no adolecen sus moradores de locura ni enfermedad ninguna.»

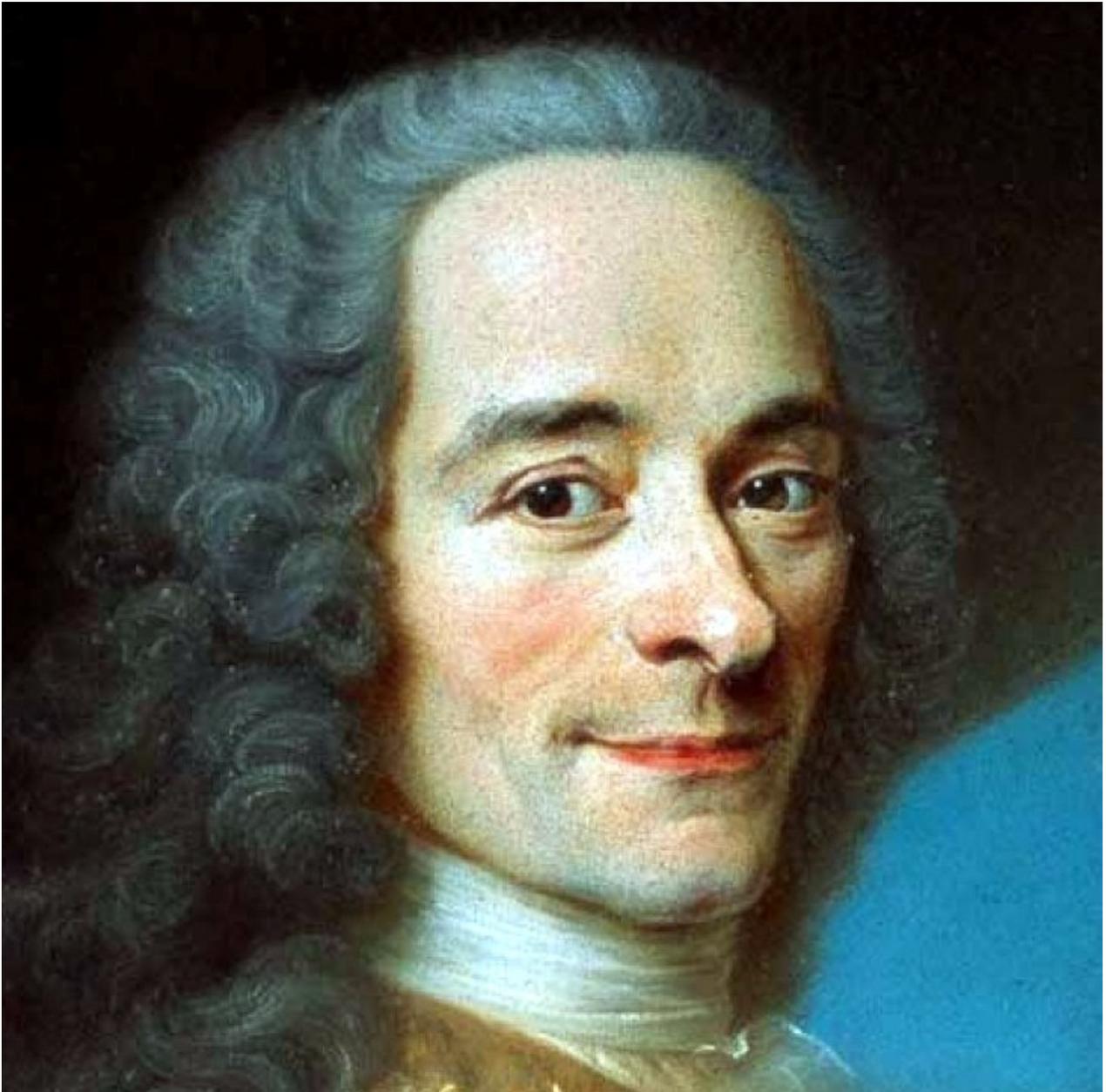
Efectivamente examinaron los genios á Marte, y el burlón sufrió una descarga cerrada de pullas. No llovieron ménos críticas sobre el genio adusto que había amasado á Saturno, y lo mismo sucedió con cada uno de sus camaradas los fabricantes de Júpiter, Mercurio y Vénus. Escribiéronse librotos y folletos, corrieron epigramas, compusiéronse coplas, se ridiculizaron los unos á los otros, y se exasperaron los partidos, hasta que á todos les puso silencio el eterno Demiurgos, diciéndoles:

«Habéis hecho todas cosas buenas y malas, porque tenéis mucha inteligencia y sois imperfectos; vuestras obras no durarán más que algunos centenares de millones de años, y después, más instruidos, las haréis mejores: á mí sólo me pertenece el hacer cosas inmortales y perfectas.»

Esto enseñaba Platón á sus discípulos. Cuando acabó de hablar, le dijo uno de ellos:

«Y luégo despertasteis.»

Voltaire



François-Marie Arouet (París, 21 de noviembre de 1694 – ibídem, 30 de mayo de 1778), más conocido como Voltaire, fue un escritor, historiador, filósofo y abogado francés que figura como uno de los principales representantes de la Ilustración, un período que enfatizó el poder de la razón humana, de la ciencia y el respeto hacia la humanidad. En 1746 Voltaire fue elegido miembro de la Academia francesa

en la que ocupó el asiento número 33.

Existen varias hipótesis acerca del seudónimo Voltaire. Una versión muy aceptada dice que deriva del apelativo Petit Volontaire (el pequeño voluntario) que usaban sus familiares para referirse a él de niño. No obstante, parece ser que la versión más verosímil es que Voltaire sea el anagrama de «Arouet L(e) J(eune)» ('Arouet, el joven'), utilizando las mayúsculas del alfabeto latino.

También existen otras hipótesis: puede tratarse del nombre de un pequeño feudo que poseía su madre; se ha dicho que puede ser el sintagma verbal que significaba en francés antiguo que él voulait faire taire ('deseaba hacer callar', de ahí vol-taire), a causa de su pensamiento innovador, que pueden ser las sílabas de la palabra re-vol-tai ('revoltoso') en otro orden. En cualquier caso, es posible que la elección que el joven Arouet adopta, tras su detención en 1717, sea una combinación de más de una de estas hipótesis.

Voltaire alcanzó la celebridad gracias a sus escritos literarios y sobre todo filosóficos. Voltaire no ve oposición entre una sociedad alienante y un individuo oprimido, idea defendida por Jean-Jacques Rousseau, sino que cree en un sentimiento universal e innato de la justicia, que tiene que reflejarse en las leyes de todas las sociedades. La vida en común exige una convención, un «pacto social» para preservar el interés de cada uno. El instinto y la razón del individuo le llevan a respetar y promover tal pacto. El propósito de la moral es enseñarnos los principios de esta convivencia fructífera. La labor del hombre es tomar su destino en sus manos y mejorar su condición mediante la ciencia y la técnica, y embellecer su vida gracias a las artes. Como se ve, su filosofía práctica prescinde de Dios, aunque Voltaire no es ateo: como el reloj supone el relojero, el universo implica la existencia de un «eterno geómetra» (Voltaire es deísta).

Sin embargo, no cree en la intervención divina en los asuntos humanos y denuncia el providencialismo en su cuento

filosófico Cándido o el optimismo (1759). Fue un ferviente opositor de la Iglesia católica, símbolo según él de la intolerancia y de la injusticia. Se empeña en luchar contra los errores judiciales y en ayudar a sus víctimas. Voltaire se convierte en el modelo para la burguesía liberal y anticlerical y en la pesadilla de los religiosos.

Voltaire ha pasado a la Historia por acuñar el concepto de tolerancia religiosa. Fue un incansable luchador contra la intolerancia y la superstición y siempre defendió la convivencia pacífica entre personas de distintas creencias y religiones.

Sus escritos siempre se caracterizaron por la llaneza del lenguaje, huyendo de cualquier tipo de grandilocuencia. Maestro de la ironía, la utilizó siempre para defenderse de sus enemigos, de los que en ocasiones hacía burla demostrando en todo momento un finísimo sentido del humor. Conocidas son sus discrepancias con Montesquieu acerca del derecho de los pueblos a la guerra, y el despiadado modo que tenía de referirse a Rousseau, achacándole sensiblería e hipocresía.

(Información extraída de la Wikipedia)